

¡ Oh misterio inefable pero misterio lleno de sabiduría y de bondad al mismo tiempo ! ¡ qué fecundo en grandes é importantes lecciones ! Hablando de él San Teófilo, nos dice : " Que es propio y conveniente al gran- de artista no emplear siempre en sus obras los metales más preciosos, si- no que muchas veces le basta un poco de barro amasado por sus manos, para que se admire su talento. Pues así también el Artífice divino, que es el Verbo, no quiso usar de elemento alguno precioso y escogido para formarse un cuerpo sobre humano y celeste, sino que le bastó un poco de barro para manifestar toda la magnificencia y toda la grandeza de su saber." <sup>1</sup>

Por virtud de este misterio vemos que Jesucristo ha reunido todo en su adorable persona, uniendo los extremos más opuestos, Dios y el mundo.

A la luz de este mismo misterio podemos sondear los abismos profundos de la humildad de un Dios : y por último, podemos contemplar en él igualmente que la naturaleza creada fué elevada á una sublimidad sin semejan- te, cuando este mismo Dios, revistiéndose de una poca de tierra, vino á divinizarla en su adorable persona.

Pero sobre todo, en el misterio de la Encarnacion es donde el hombre aprende á conocer toda su grandeza . . . Salido del seno de la tierra, ve- geta sobre su superficie unos cuantos días y despues tiene que volver á ella, porque en la tierra tiene cabado su sepulcro. Dios ha tomado su cuerpo de la misma tierra de que fué formado el nuestro, y no tomó esta tierra sino para unirse á nuestra naturaleza más estrechamente con ligaduras frater- nales. Él no se hizo hombre sino para que nosotros llegáramos á ser dio- ses : no descendió hasta nosotros sino para que nos elevásemos hasta Él. ¡ Oh prodigio de bondad ! La gloria que circunda el cuerpo de Jesucristo allá en el cielo, reflectará sobre nuestros cuerpos, y la humilde tierra de donde ellos se formaron participará eternamente de incommensurables gran- dezas.

Así es, Señor, que meditando en vuestra presencia sobre esta vil mate- ria que ajan mis piés, siento elevarme poco á poco hasta la contemplacion de mis destinos eternos. Os doy gracias, Dios mio, porque me habeis he- cho pasar de ese extremo de bajeza á esa altura infinita reunidas por Vos mismo en vuestra adorable persona, tocando así de un término á otro con fuerza y suavidad. <sup>2</sup> *Attingit ergo a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.*"

1 Ephes. Sinod.

2 Ps. XCIV, 4.

que sube hasta la cima del Monte Oreb ; y si Dios pretende establecer el reino de David, destina para su trono la montaña de Sion. A penas Maria habia concebido en sus purísimas entrañas á su divino Hi- jo Jesus, cuando se levantaba é iba presurosa atravesando la montaña de Judca para visitar á Santa Isabel. Cuando Jesucristo comienza su vida apos- tólica elige la cima de un monte para hablar por primera vez á la multitud. Despues conduce El mismo á tres de sus más caros discípulos hasta la ci- ma del Tabor, donde se transfigura delante de ellos. Los preciosos de su pasion santísima tienen lugar en el monte de los Olivos, donde se entrega á la vigilancia y á la oracion ; muere sobre la cima del Calvario, y cuando se acerca el momento de su gloria, se eleva sobre la montaña de Sion.

### LAS MONTAÑAS.

Cerca del cielo y encima de la llanura.—Los hechos divinos sobre las cumbres de las montañas.—La Iglesia.—Jesucristo.—Los ángeles, los profetas y los apóstoles.—Las montañas y las colinas.—La con- templacion.—El demonio.—Las potestades del siglo.—El Tabernáculo Eucarístico.

#### I.

LEVANTEMOS los ojos á la altura de las montañas : ¿ no es verdad que sus cimas se adelantan más allá de las nubes, y que cuando subimos á ellas con trabajo nos parece que emprendemos el camino del cie- lo ? ¿ No es verdad también, que á la vez que vamos subiendo, nuestros corazones se elevan y nuestra boca quiere repetir aquellas palabras de Da- vid ? " Extendió el Señor su dominio hasta los remotos confines de la tier- ra y hasta las más altas cimas de los montes. " *Quia in manu ejus sunt omnes fines terræ, et altitudines montium ipsius sunt.*" <sup>1</sup>

Verdad es que ellas nos acercan al cielo elevándonos sobre la tierra que dominan, y lo que pasa en sus alturas llama fuertemente la atencion de los hombres.

El Señor dijo á Moisés : " Mira y obra, segun el ejemplo que se te ha manifestado en la montaña." <sup>2</sup>

#### II.

Es muy digno de considerarse, pues llama mucho la atencion que los su- cesos más importantes de nuestra religion hayan pasado sobre las cimas de los montes. Cuando sin auxilio de mano alguna se eleva el Arca de Noé, se eleva sobre los apóstoles el espíritu santo, se eleva sobre la montaña de Sion el templo de David.

El Arca de Noé, despues del diluvio, se detiene sobre un monte, de la Armenia ; si Jehová quiere dictar sus leyes á Moisés, lo hace sobre la cum-

1 Ps. CXX, 1.  
2 Exod. XXXV, 40.

bre del Sinaí; para poder escuchar la voz del Señor, el Profeta Elías tiene que subir hasta la cima del Monte Oreb; y si Dios pretende establecer el reinado de David, destina para su trono la montaña de Sion.

Apenas María había concebido en sus purísimas entrañas á su divino Hijo Jesus, cuando se levantaba é iba presurosa atravesando la montaña de Judea para visitar á Santa Isabel. Cuando Jesucristo comienza su vida apostólica elige la cima de un monte para hablar por primera vez á la multitud. Despues conduce Él mismo á tres de sus más caros discípulos hasta la cima del Tabor, donde se transfigura delante de ellos. Los preludios de su pasión santísima tienen lugar en el monte de los Olivos, donde se entrega á la vigilancia y á la oración; muere sobre la cima del Calvario, y cuando se acerca el momento de su partida para volver al seno de su Padre, conduce por última vez á sus discípulos hasta la cima de una montaña en la Galilea, para desplegar ahí su vuelo y remontarse á los cielos.

Y no podremos decir con David, hablando de estas montañas santificadas "levantaré mis ojos á la altura de los montes de donde me ha de venir el auxilio? *Levavi oculos meos ad montes, unde veniet auxilium mihi.*"<sup>1</sup>

### III.

Ya dejamos dicho cómo Dios ha escogido con preferencia los lugares elevados para que fuesen el teatro de sus más grandes maravillas. Las montañas más altas nos acercan más al cielo y los ejemplos que en ellas nos han sido revelados, atraen con más facilidad nuestras miradas. Esta explicación nos ayudará á comprender mejor el lenguaje simbólico de las montañas en nuestros libros santos.

Jesucristo compara su Iglesia á una ciudad situada sobre la montaña.<sup>2</sup> "Y con razón—dice San Agustín—porque la Iglesia se asemeja efectivamente á una montaña por razón de su elevación y solidez."

Esta Iglesia es la montaña verdadera figurada en todas aquellas que hace poco acabamos de citar, porque esta montaña sagrada, mucho más que las otras, nos avvicina con el cielo, y porque desde su cima esparce sus ejemplos y palabras derramándolas por todo el universo.

### IV.

Mas no solamente la Iglesia está simbolizada en la montaña, sino tambien, y de una manera admirable, el mismo Jesucristo. Este pensamiento es casi unánime entre los intérpretes, aplicando al divino Salvador esta visión de Daniel: "Cuando sin auxilio de mano alguna se desgajó del monte una piedra, esta piedra se hizo un monte que cubrió toda la tierra."<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Ps. CXX, 1.

<sup>2</sup> Math. V, 14.

<sup>3</sup> In Ps. II, 5.

Tambien San Agustín reconoce igualmente á Jesucristo en aquellas palabras del salmista: "El monte del Señor, es un monte pingüe y fértil; "en vano buscareis entre las montañas fecundas una que se pueda comparar con Él. Este es el monte que Dios ha escogido para establecer en él "su morada: sí, el Señor **habitará** en él para siempre."<sup>1</sup> Jesucristo es esta "montaña donde las almas se afirman y se enriquecen con dones celestiales."

El mismo Santo sigue diciendo<sup>2</sup> que si la Iglesia se presenta frecuentemente en la Santa Escritura bajo el símbolo de una montaña, tambien se nos figura con este símbolo al mismo Jesucristo.

La Iglesia es en verdad una con Jesucristo y es una montaña, porque es el cuerpo místico de Jesucristo. "*Ipsa Ecclesia est mons . . . quia . . . corpus Christi.*"

Por último, Jesucristo es el fundamento de la Iglesia; y establecida como lo está sobre esa montaña divina no puede permanecer oculta, sino que, como dice San Juan Crisóstomo, "está patente á las miradas de todos, porque Jesucristo reunió en su misma persona el apostolado y el sacerdocio."<sup>3</sup>

### V.

Una observación hecha por San Gregorio nos hace comprender que en el lenguaje de la Escritura, cuando se habla de las montañas en singular, comunmente se nos designa á Jesucristo ó á su Iglesia; mientras que cuando se nombran en plural, son más bien el emblema de aquellas criaturas que están más elevadas en el orden de la religion, como los ángeles, los profetas, &c.<sup>4</sup> Esta opinión es la misma de San Agustín, quien nos advierte además, que no debemos confundir esa montaña que es Jesucristo, con las demás que representan á los Santos, ni ménos con aquellas de que habla el Profeta David en uno de sus salmos. "Vuestra justicia, Señor, es semejante á las montañas de Dios. *Iustitia tua sicut montes Dei.*"<sup>5</sup>

Esta misma distinción nos la hace el Profeta Isaías cuando anunciaba la venida del Salvador: "En los últimos tiempos—dice—la montaña del Señor se elevará sobre la cima de los más altos montes."<sup>6</sup> Es decir, segun observa San Jerónimo, "que Jesucristo, que es la montaña por excelencia, se elevará sobre los apóstoles y sobre los profetas aunque sean tambien montañas altas, puesto que han sido imitadores de Jesucristo."<sup>7</sup>

E interpretando igualmente aquel texto del salmo, "*montes in circuito*

<sup>1</sup> Ps. LXVII, 16.

<sup>2</sup> Augus. de verb. Isai. ser. XLV.

<sup>3</sup> Chris. sup. Muth. in op. imp.

<sup>4</sup> In Ps. LXVII, 23.

<sup>5</sup> Ps. XXXV, 7.

<sup>6</sup> Isai. II, 2.

<sup>7</sup> Com. in Isai. lib. I, cap. 2.

ejus," "Jerusalem está rodeada de montañas,"<sup>1</sup> pregunta San Agustín: "¿Qué significan esas montañas que rodean á Jerusalem? ¿Son acaso no más que eminencias ó trincheras de nuestro globo? No: esas montañas elevadísimas son los predicadores de la verdad divina, y nos representan á los ángeles, á los apóstoles y á los profetas. Estas montañas fueron las que circunvalaron á Jerusalem sirviéndole como de muralla. Si leemos con atención las Santas Escrituras, encontraremos multitud de textos donde se nos habla de estas montañas, y con tal abundancia que no será fácil retenerlos en la memoria. Sin embargo, tendremos positivo placer al mencionar algunas, siguiendo las inspiraciones divinas y poniendo á vuestra consideración aquellas palabras de la Escritura que se relacionan más con ellas.

"De estas montañas está escrito que serán iluminadas por Dios de una manera admirable. *Illuminans tu mirabiliter á montibus æternis.*"<sup>2</sup> Si, Dios las inundó de claridad para que desde sus elevadas cimas, derramen en seguida su luz hasta el fondo de los valles: y en efecto, así es como ha venido hasta nosotros la luz de la divina palabra, anunciada por el ministerio de los profetas y de los apóstoles. Estas montañas son aquellas muy celebradas en la Escritura que invocamos con placer, cuando decimos con el profeta: Levanté mis ojos á los santos montes de donde me ha de venir el socorro: mi auxilio es el Señor que ha hecho el cielo y la tierra.<sup>3</sup>

"Estas montañas son para nosotros figuras de los Santos; es decir, de aquellas criaturas privilegiadas que están cerca de Dios, en quienes ponemos nuestra esperanza como mediadoras, puesto que ellas no nos socorren, sino en tanto que Dios les dispensa primero su ayuda; ni alumbran nuestros pasos sino después que ellas han recibido la luz de Dios. Ahora comprenderemos por qué el salmista después de haber dicho: "Levanté mis ojos á los montes santos de donde me ha de venir el socorro," inmediatamente agrega estas palabras: "Mi auxilio es el Señor que hizo el cielo y la tierra.

"David tenía igualmente á la vista estas montañas, cuando las celebraba en sus cánticos, diciendo: "Que los montes de Israel gusten las dulzuras de la paz y los collados los frutos de la justicia."<sup>4</sup>

"Las montañas son más elevadas que los collados: las montañas *ven*; los collados *creen*. Las montañas que ven reciben la paz para llevarla á aquellos que creen; y las colinas reciben la justicia, porque el justo vive de la fé. Más claro. Los ángeles y los Santos ven, y por lo mismo nos anuncian lo que han visto. El Evangelista San Juan vió primero y después nos dijo que en el principio existía el Verbo, que este Verbo estaba en Dios y que este Verbo era Dios." Él vió esto, lo predicó y nosotros

1 Ps. CXXIV, 1.

2 Ps. LXXV, 5.

3 Ps. CXX, 1.

4 Ps. LXXI, 3.

"creemos en sus palabras. Los collados reciben la justicia, mientras las montañas están gozando de dulcísima paz."<sup>1</sup>

## VI.

San Gregorio el grande ve en las montañas el emblema de las divinas contemplaciones y nos va explicando aquellos grados de elevación por donde Dios va conduciendo los corazones de aquellas almas que aun gimen en este valle de lágrimas. Porque si bien es verdad—dice el Santo—que Dios nos abate aquí abajo con la tristeza y las humillaciones, es para atraernos hacia Él, elevándonos en seguida hasta las alturas de la contemplación.<sup>2</sup>

¡Oh! ¡qué consolador es este pensamiento y cuántas dulzuras probaremos en él si nos ponemos á contemplarlo!

Mas ¡ay de mí! Nunca podremos compararnos á esas montañas altísimas que son los ángeles, los Santos, los profetas y los apóstoles, porque en nosotros todo es vil, todo bajo, puesto que el pecado nos ha hecho descender hasta las profundidades del abismo; pero si en medio de nuestras miserias somos humildes, el Señor dispondrá los grados por donde vayamos ascendiendo á la más admirable altura. Él levantará nuestras almas, nuestros corazones y nuestros espíritus y cuando estemos colocados en aquellas altísimas regiones donde Él nos haya puesto, entónces bendeciremos su adorable providencia, que ha hecho surgir las montañas y hundir los valles donde mejor le ha parecido.

## VII.

Si las montañas son el símbolo de los seres celestiales y de las almas santas y adelantadas en la virtud, también nos traen á la imaginación á las orgullosas que no temen amenazar á Dios y decirle con arrogancia: "Yo ascenderé, me elevaré sobre su trono y seré semejante al Altísimo."

San Agustín nos enseña claramente que leyendo con atención las Santas Escrituras, advertiremos que hay montañas buenas y malas; que las buenas significan la grandeza espiritual y las malas nos simbolizan la hinchazón del orgullo. *Sunt montes boni, sunt montes mali: montes boni magnitudo spiritalis; montes mali, tumor superbiæ.*"<sup>3</sup>

Tomándolas en mal sentido, si la Escritura las nombra en singular, ordinariamente no significan sino al demonio según nos lo asegura San Gregorio.<sup>4</sup> Así vemos que en la profecía de Isaías contra Babilonia, que representaba al príncipe de los demonios, se le mandó á este profeta "que levantara el estandarte contra la montaña tenebrosa: *super montem cali-*

1 S. Aug. in ps. CXXIV, 4.

2 S. Greg. Moral. lib. XXX, cap. XIX.

3 In Ps. XCVII, 9.

4 Moral. lib. XXXIII, cap. I.

"*ginosum levate signum,*"<sup>1</sup> y por boca de Jeremías se le amenaza en estos términos: "Aquí estoy contra tí—dice el Señor—monte pestilente que corrompes toda la tierra; extenderé mi mano sobre tí... te reduciré á cenizas abrasándote con las llamas."<sup>2</sup>

## VIII.

En consecuencia, la Escritura Santa se sirve del símbolo de las montañas para significar en ellas á todas las almas soberbias que imitan al demonio: ya se trate de los poderosos del siglo, de quienes Satanás es el jefe, ya de los principales herejes, que segun la frase de San Agustín, se elevan á la altura de las más grandes montañas, contra las cuales vendrá á estrellarse y á naufragar la nave que intente dirigirse á ellas para llegar al puerto.<sup>3</sup>

A estas montañas símbolos del orgullo, pueden aplicarse innumerables textos de la Sagrada Escritura.

"Las montañas se estremecieron delante del Señor, y como la cera se derrite á la presencia del fuego, así se fundirán al aspecto del Altísimo: <sup>4</sup> porque ciertamente, por elevadas que estén no podrán resistir al Todopoderoso.

También les conviene aquel texto del Profeta Habacuc. "Miró el Señor, y descoyuntó á las gentes y fueron reducidos á polvo los montes del siglo. Se encorbaron los collados del mundo por los caminos de su eternidad."<sup>5</sup>

Oigamos ahora la interpretación de San Gerónimo: "Unas son las montañas y las colinas que otravesaba el Esposo de los Cantares, y de las cuales hablaba David cuando decía: "Levanté mis ojos á las montañas, etc., y otras las montañas del siglo, oscuras y tenebrosas, de las que nos habla Jeremías, advirtiéndonos que ni siquiera pongamos los piés en sus cimas.

"Cuando el Salvador apareció en el mundo, hizo pedazos las montañas y abatió las colinas: ántes de su venida levantaban atrevidas sus cabezas y nadie podía humillarlas; pero Él las rompió y las hundió en el camino de su eternidad, es decir, cuando su eternidad se dignó descender hasta nosotros."<sup>7</sup>

¡Oh! ¡cuánto más vale la humildad que esas orgullosas montañas!

No nos dejemos seducir de ellas. Y si por desgracia lo hemos sido, traigamos á la memoria lo que dice San Agustín: "Yo tengo confianza en el

1 Isai. XIII, 2.

2 Jerem. LI, 25.

3 In Ps. XLV, 5.

4 Ps. XLV, 4.

5 Habacuc. III, 6.

6 Ps. CXX, 1.

7 Jerem. cap. XXXI.

Señor: ¿ pues por qué me decis: huye como una ave á la montaña para librarte de tus enemigos? <sup>1</sup> *Quomodo dicitis animæ meæ, transmigra in montem sicut passer.*"

## IX.

En verdad, Señor, que hay montañas de las cuales yo debo huir; pero hay otras que debo amar y por las que mi alma debe suspirar con fervor.

Tal es aquel monte de que hablaba el Rey Profeta, cuando decía: "Señor, ¿quién será digno de habitar en vuestro tabernáculo y reposar en vuestro santo monte?"<sup>2</sup> Y en otra parte también dice: "¿Quién será digno de subir al monte santo donde habita y de entrar en su santuario?"<sup>3</sup>

¿Esta montaña que se confunde con el lugar santo y con vuestro Tabernáculo, ¡oh Dios mio! no es acaso el cielo en primer lugar, y acá abajo el altar eucarístico que es como el monte de la mirra y la colina del incienso donde el divino sacrificio se junta con la oracion fervorosa; que es también la montaña donde Vos habeis preparado el festin de los escogidos, el festin de los manjares deliciosos y del vino puro de la cosecha? ¿Qué necesito para subir á esa montaña? La inocencia, la pureza del corazon y una conducta inmaculada. Dadme, pues, oh Dios mio, alas como á la paloma, y volaré hasta la montaña, y descansaré en su cima con Vos y cerca de Vos.<sup>4</sup>

1 Com. in Habac. II, 3.

2 Ps. XIV, 1.

3 Ps. XXXIII, 3.

4 Ps. LIV, 7.

## LOS VALLES.

Riqueza de los valles.—Cómo se ha formado la Iglesia de las aguas que corren por los valles.—  
El valle de lágrimas.—

La humildad, la gracia y las virtudes.—Lo valles producen trigo en abundancia.

### I.

EL que descendiendo de la montaña entra en un valle, inmediatamente admira la riqueza y la fertilidad de la tierra; porque las cimas de las montañas que rodean los valles, rodean constantemente sobre ellas sus benéficas aguas: los ríos cavan ahí su lecho, abundan los manantiales y regada así la tierra se cubre de nieves y se tapiza de lozanas yervas. Es tan bondadosa la Providencia que jamás se olvida de alguna cosa creada: á las montañas les ha dado su magestuosa elevacion, á los valles su fecundidad. Mas es tal la miseria del hombre, que desde que la tierra le pareció hermosa, fijó en ella su corazón y se olvidó de Dios. Por esto sin duda vemos en la Sagrada Escritura que la fertilidad de los valles es algunas veces el emblema de los bienes terrenos, que el hombre se complace tanto en amar.

“¿Por qué os glorias en vuestros valles, oh hijos de Ammon?—exclamaba Jeremías.—La abundancia de vuestros valles se deshizo y se liquidó como el agua ¡oh hija delicada que tanto confiabas en tus tesoros!”<sup>1</sup>

### II.

Leemos en el libro tercero de los Reyes, “que Benadad, Rey de la Siria, habiendo sido vencido por los hijos de Israel, fué comprometido por sus vasallos á variar de plan de campaña y á atacar á los israelitas, únicamente en los valles y nunca en las alturas de los montes; porque el “Dios de Israel, le decían, es el Dios de los montes y no de los valles.”<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Jerem. XLIX, 4.

<sup>2</sup> 3 Règ. XX, 28.

Interpretando San Ambrosio estas últimas palabras, nos dice: “Estos valles son el símbolo de la heregía y de la gentilidad. Porque así como en los primeros días de la creación del mundo, todas las aguas que estaban debajo del cielo se reunieron solamente en el mar viniendo de todos los valles, así también el pueblo católico se ha formado de todas las avenidas de la gentilidad y de la heregía.

“Los valles—agrega el Santo Doctor—eran los circos, los teatros, los foros y todos aquellos lugares de controversia y de escándalo. Las aguas corrieron de los valles para precipitarse en un solo mar, cuando la fé de la Iglesia se fué aumentando por la conquista de aquellos que se complacieron en ver los combates y el espectáculo de los circos.”<sup>1</sup>

### III.

Hemos dicho, hablando de los montañas, que la altura de sus cimas nos hacen pensar en el cielo. Los valles por el contrario, nos figuran al mundo de acá abajo. ¡Ay de mí! este valle del mundo no es solamente valle, sino valle de lágrimas, como dice David.

Desde la caída de Adam ¡qué torrentes de lágrimas no han corrido en él! ¡Qué de sufrimientos, de temores amargos y de lamentables angustias....! Lo que debe hacer correr nuestras lágrimas es la memoria de nuestros pecados.... ¡Que la tierra sea para nosotros un valle donde corran las lágrimas de nuestro arrepentimiento! Dios vendrá á visitarnos y Él mismo dispondrá los grados por donde nuestro corazón arrepentido pueda ascender hasta unirse con su magestad.

### IV.

Los valles comparados con las montañas nos simbolizan la humildad y las almas humildes: por eso el Santo Precursor de Jesucristo, anunciando con anticipación la grande obra que venia de cumplir el Mesías, se explicaba en estos términos: “Todo valle será colmado, y todo monte ó collado será abatido.”<sup>2</sup> “¿Qué significan aquí los valles—pregunta San Gregorio—sino las almas humildes, y qué los collados y las montañas sino las orgullosas? A la venida del Salvador, los valles fueron colmados, y las montañas, así como los collados, quedaron abatidos. Porque siguiendo su propia palabra, “todo aquel que se ensalsa será humillado, y todo aquel que se humilla será ensalzado.” Los valles se colmaron cuando creyeron los gentiles y recibieron la plenitud de la gracia, y las montañas se abatieron cuando en castigo de su perfidia y sus errores perdieron los judíos todo lo que los hacia tan arrogantes.”<sup>3</sup>

<sup>1</sup> S. Ambr. Hexam. lih. III. cap. I.

<sup>2</sup> Luc. III, 5.

<sup>3</sup> XL, homil. in Evang. lib. I, hom. XX, 3.

¡Oh amable virtud de la humildad! ¡tú más que cualquiera otra de las virtudes guardas los secretos de la gracia que brota del corazón de Jesucristo!

¡Oh Señor—exclamaba David.—Vos haceis brotar las fuentes en los valles, de donde se forman los ríos que corren entre los montes.”

“Las aguas también se deslizan de las montañas—observa San Gregorio—“porque las verdades divinas siempre abandonan a los espíritus soberbios; como quedan sin las aguas que caen del cielo las cúspides de las montañas: mas las aguas corren y á veces se estancan en los valles, porque los humildes reciben voluntariamente la predicación del Evangelio sin ponerle resistencia, así como tampoco la ponen los valles á la corriente de las aguas.”

Sobre estas palabras del Salmista podemos decir, según observa San Agustín, “que los valles son las almas humildes. *Valles humilitates terrarum.*” No despreciemos estos humildes valles porque de ellos brotan los manantiales. Aunque muy bien puede acontecer—como sigue diciendo el gran doctor—“que una alma humilde y santa sea á la vez montaña y valle. Montaña, por la elevación de su espíritu, y valle por la humildad de su corazón.”

Escuchemos ahora cómo habla San Pablo á quien por la superioridad de su espíritu podemos llamar una gran montaña: “Yo he trabajado—dice este Santo—“más que todos en el ministerio evangélico: mas porque las aguas se deslizaron, el monte se hizo valle. Yo he trabajado—sigue hablando el Santo—“no por mí solo, sino impulsado por la gracia de Dios que está conmigo.” Estas palabras, “no yo solo” son el valle, esto es la humildad del Apóstol que habla: y estas otras, “la gracia de Dios que está conmigo,” son la fuente que brota del valle.

Teniendo la humildad las fuentes de la gracia, ¿estará escasa de flores y de frutos? No.

En el fondo de los valles es donde florece el lirio por excelencia, que es Jesucristo; y también encontramos en ellos aquel otro lirio que es María, la más pura de las vírgenes y la más humilde de las esclavas del Señor.

“Toda alma que es humilde se parece á un valle—dice San Bernardo:—“si guardamos en nuestros corazones la humildad, germinaremos como el lirio y floreceremos eternamente delante de Dios.”

Los valles de la humildad tienen sus flores y sus frutos. David nos dice: “Que el trigo abunda en los valles,” “esto es—dice San Agustín—que las almas humildes llevan consigo muchos frutos. Por eso la Esposa de los Cantares abandona los brazos del Esposo y baja á su jardín para admirar ahí y recrearse con las flores y los frutos de los valles.”

1 Ps. CIII, 10.  
2 XL, hom. in Evang. lib. I.  
3 In Ps. CIII, serm. II, 10.  
4 1<sup>o</sup> ad Corint. XV, 10.  
5 Ad. Corint. VX, 10.  
6 In Ps. CIII, serm. II, 10.  
7 Cant. serm. XLVIII.

V.

Explicando San Gregorio estas palabras de David, “el trigo abunda en los valles,” dice: “que aquellas almas que son mansas, humildes y menospreciadas del mundo, reciben con abundancia el alimento de la verdad.”

¿Pero qué, además del alimento de la palabra santa no hay otro del todo divino? Si lo hay: el trigo de los escogidos, el cuerpo sacratísimo del Salvador, esto es, la divina Eucaristía. Solo las almas humildes la reciben dignamente: porque siempre resiste al soberbio y solo se dá y se comunica con los humildes; no nutre y alimenta más que á los lirios, y no fertiliza más que á los valles.

Haced, Señor, haced de mi alma un valle profundo, y entonces esta pobre alma recibirá con fruto el trigo de los escogidos.

A mis pies. No tiene ni brillo ni valor; muchas veces para avanzar tida en la superficie de la tierra. Y sin embargo, esa pequeña piedra es un símbolo, y uno de los más lecionados que Dios presenta á nuestra consideración.

En el cimiento que compuso á Dios después de la victoria alcanzada sobre los enemigos del pueblo de Dios, se levantó el templo de Dios. En el cimiento que compuso á Dios después de la victoria alcanzada sobre los enemigos del pueblo de Dios, se levantó el templo de Dios. En el cimiento que compuso á Dios después de la victoria alcanzada sobre los enemigos del pueblo de Dios, se levantó el templo de Dios.

1 Ps. XLVI, 14.